





**ZETA**

1.ª edición: abril 2010

- © Ángeles Ibirika, 2010
- © Ediciones B, S. A., 2010  
para el sello Zeta Bolsillo  
Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)  
[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

Printed in Spain  
ISBN: 978-84-9872-402-8  
Depósito legal: B. 7.181-2010

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.U.  
Ctra. BV 2249 Km 7,4 Polígono Torrentfondo  
08791 - Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.




Entre sueños

---

ÁNGELES IBIRIKA

**ZETA**






El Valle del Roncal, una zona de los Pirineos moldeada por ancestrales tradiciones. Un lugar repleto de bosques, de gente sencilla y de incógnitas. Ubicación excepcional para recrear esta novela de sentimientos, rencores y enfrentamientos que nos enreda, sin embargo, en una de las más hermosas historias de amor.

Beatriz ha crecido aborreciendo a Ignacio Ochoa de Olza, su abuelo. Aun así, el anciano la sorprende legándole sus propiedades. Desde que recibe la noticia, su único pensamiento es venderlo todo y llevar a cabo su ilusión: un hotel de lujo.

Jon, sin embargo, ha conocido a ese hombre trabajado con él y ha llegado a quererlo como a un padre. La aparición en el valle de la arisca y altiva mujer que hereda todo lo que él soñaba que fuera suyo provoca su inmediata antipatía hacia ella.

*Entre sueños* es una novela que enamora desde la primera página, que te arrastra a un entorno de increíble belleza y aumenta la fascinación en el correr del entramado de esta asombrosa historia. La escritora no



se ciñe simplemente al relato romántico de sus protagonistas, sino que te involucra en la espiral de sus vidas, te obliga a emocionarte con ellos y dar tu opinión en voz alta ante el conflicto de emociones que les atraen y alejan a la vez. Porque desde que comienzas a leer la novela, ya eres parte de ella.

Ángeles Ibirika es una narradora portentosa. Un auténtico resplandor para los que amamos las novelas de pasión.

NIEVES HIDALGO

*Dedicado a un navarro muy especial.  
Eduardo Ibirika, mi abuelo. El hombre con  
el corazón más noble y tierno que he conoci-  
do jamás. Él llevaba, en sus ojos y en su alma,  
la nobleza y la magia que los hombres del  
Reyno de Navarra poseen.*

*Y a la memoria de Begoña Ibirika, con  
todo mi amor y mi agradecimiento por la  
bondad que derrochó siempre su corazón.  
Siempre la llevaré en el mío.*

ÁNGELES IBIRIKA



Dales vida a los sueños que tienes escondidos, descubrirás que puedes vivir estos momentos con los ojos abiertos y los miedos dormidos, con los ojos cerrados y los sueños despiertos.

MARIO BENEDETTI



*Valle del Roncal, 1950*

—¿Tan poco hombre eres que no piensas defenderte? —acometió Lucía con ojos llenos de odio.

Ignacio permaneció sentado, con los brazos sobre la mesa y la mirada en las cartas que ella había arrojado junto a sus manos. ¿Cómo iba a defenderse, si no tenía ni argumentos ni fuerzas para hacerlo?

—¿Qué he hecho mal? —volvió a preguntar Lucía—. Dime en qué te he fallado.

Él negó con la cabeza. Se sabía el único culpable, el responsable del sufrimiento que estaba mortificando a su esposa y a él mismo, responsable de aquella agonía inmensa que ni siquiera le permitía hablar. Entrecruzó los dedos sobre la madera y se tragó las lágrimas. Le habían enseñado que un hombre no debe llorar, aun cuando la vida se le está cayendo a pedazos.

Lucía sí lloraba, y lo hacía con la mezcla de dolor y de rabia que había apagado el amor que hasta entonces había sentido por su esposo.

—¿Ni siquiera te vas a dignar mirarme mientras te hablo? —preguntó, parada junto a la puerta de la cocina.

Ignacio necesitó coger aire antes de hacerlo. El peso del desánimo le anclaba y le inmovilizaba el cuerpo y hasta el pensamiento. Se volvió despacio, y el corazón le dejó de latir cuando vio una pequeña maleta a los pies de su esposa.

—¿Qué significa eso? —consiguió balbucear, con el rostro descompuesto.

—Me voy —dijo ella, sacando fortaleza de su dolor—. Me voy de esta casa y de tu vida. Me voy porque no quiero verte nunca más.

El llanto de un bebé sonó a la vez que Ignacio se levantaba. Lucía salió hacia la habitación conyugal y unos segundos después regresaba con su niño en brazos, abrigado con una mantilla blanca de lana.

—Es mi hijo —dijo Ignacio a media voz, consciente de que estaba a punto de perderlo.

—Pero yo lo he parido —respondió Lucía—, y se irá conmigo.

El desafío en la mirada de la mujer se clavaba en la sombra doliente y vencida en la que en la última media hora se había convertido Ignacio. Sabía que ya no tenía ningún derecho a pedir, pero necesitaba hacerlo.

—No me abandones —suplicó. En sus ojos se evidenciaban todas las lágrimas que se estaba tragando, toda la oscuridad en la que se estaba sumiendo.

Pero eso a Lucía no le despertó la piedad. La agraviada era ella, que siempre se había entregado sin condiciones.

—¿Cómo tienes la poca decencia de pedirme algo

así? —bramó con la dureza que le brotaba de su alma herida.

—Sabes que puedo impedir que os vayáis —dijo él con toda su verdad pero sin rastro de amenaza—. La ley estaría de mi parte.

El temor atenazó el pecho de Lucía. Se encogió, abrazando con fuerza a su bebé. Se dijo que, a pesar de todo, él no sería capaz de obligarla a vivir a su lado haciéndole más daño del que ya le había causado. No le rompería la vida por segunda vez.

—¿Lo harás? —preguntó, con un atisbo de duda.

Ignacio inspiró con fuerza pero el oxígeno no le alcanzó los pulmones. Negó con la cabeza, despacio, sin dejar de mirarla. No podía retenerla contra su voluntad. No podía causarle más dolor ni más frustración. Tenía muy claro dónde terminaban sus derechos, dónde comenzaba su dignidad.

Lucía suspiró y cogió su maleta. Volvió a enfrentar su mirada con la de su esposo, reprochándole en silencio que hubiera sido capaz de provocar tanto daño. El niño comenzó a llorar de nuevo, como si presintiera que jamás volvería a escuchar el sonido de la voz de su padre y se revelara ante ello. Ignacio trató de acariciarlo con dedos temblorosos, pero ella retrocedió dos pasos para que no lo alcanzara.

—Espero que los remordimientos no te dejen vivir —sentenció Lucía, dejando que el orgullo le ocultara el desconsuelo—. Rezaré para que te consumas en el infierno.

Ignacio no pudo responder. El sufrimiento que había causado le dolía más a él mismo que a ella, por eso se resignaba a ser quien más perdiera en la separación.

La observó salir con su pequeño, que era toda su vida. Conocía muy bien la fortaleza y la obstinación de su esposa, sabía que no volvería a verlos.

Fue su desesperación la que le hizo avanzar tras ella.

Lucía se detuvo en mitad del pasillo, se giró despacio y se encaró con él. Le desafiaba en silencio a que intentara detenerla. Y lo hacía porque estaba segura de que eso no ocurriría. Sabía que en apenas tres segundos cruzaría la puerta y se alejaría para siempre de esa casa y, unos minutos después, también abandonaría la villa de Roncal para no regresar jamás.

Ignacio se mesó el cabello con dedos crispados. Volvió a tragarse las lágrimas, esta vez más amargas, más afiladas, más dolientes, que le desgarraron las entrañas. Aún tuvo tiempo de mirar, por última vez, la hermosa carita de su niño antes de que Lucía se diera la vuelta y caminara hacia la calle.

Cuando la perdió de vista regresó a la cocina y se paró ante las cartas, apretó los puños y cerró los ojos con pesar. En ese momento no podía sentir los remordimientos que ella le había deseado que fueran eternos, no los tenía. Sólo le embargaba una pena inmensa, una tristeza profunda que comenzaba a congelarle el corazón.

*Valle del Roncal, en la actualidad*

Lamentó que la fría lluvia de marzo que había caído durante todo el día hubiera cesado justo para recibirla.

Consideraba que ella merecía como bienvenida una tormenta de granizo bien cargada de rayos y truenos. Eso le haría entender, nada más llegar, que aquél no era su sitio.

De aquella mujer sólo conocía el sonido de su voz y su nombre, pero en cuanto vio el BMW que abandonaba la carretera comarcal para internarse en el camino de la finca, supo que el buitre ya había llegado a por su parte del festín.

Y él tenía que hacer de anfitrión, pensó mirando hacia aquellas nubes negras que habían dejado de derramar agua. Las mismas que Beatriz observó desde el interior de su automóvil cuando lo detuvo al inicio del sendero.

Según las coordenadas que ella misma había introducido en el navegador, ése era el lugar, pero no termi-

naba de creerlo. Aquello estaba en medio de ninguna parte. El abogado tenía que haberse equivocado al darle la dirección.

Se alegró cuando descubrió presencia humana. Y aunque su ánimo no estaba para frivolidades, le gustó que fuera un hombre joven y atractivo.

Sacó del bolso sus elegantes gafas de sol y se las puso con rapidez mientras el desconocido que podría orientarla se acercaba. No quería que viera sus ojos congestionados por las lágrimas que había derramado durante horas.

Bajó el cristal de la ventanilla para preguntar, pero él, parado ante la portezuela, con las manos en las caderas, se le adelantó:

—Beatriz Ochoa de Olza, imagino —dijo, percibiéndola tan altiva y orgullosa como la había imaginado, pero con un aspecto más dulce y delicado del que le había supuesto.

Beatriz no supo si debía alegrarse. Por un lado, que él fuera el hombre que buscaba, era bueno; y por otro, que aquel espacio verde y salvaje fuera su lugar de destino, era algo terrible. Había deseado llegar allí para refugiarse a llorar en una casa que no veía por ningún lado.

—Tú debes de ser Jon —dijo sonriendo y tratando de no adelantarse a los acontecimientos—. No estaba segura de haber acertado con el sitio.

—Pues lo ha hecho —señaló él, preguntándose cómo lo había conseguido con esas gafas oscuras en un día tormentoso y plomizo—. Aquí está reunida la parte más importante de toda su herencia.

Aún no estaba todo perdido, pensó Beatriz. Proba-

blemente ésta era la explotación ganadera, pero la casona que había pertenecido a su abuelo y donde iba a pasar los próximos días, debía de estar en un lugar más civilizado.

—Esto es bonito —mintió para no mostrar que tanta naturaleza le provocaba vértigo—, pero imagino que no es todo —añadió, sin querer interesarse de modo directo por la casa.

Abrió la portezuela del coche.

Jon pudo verla con un vestido azul que le cubría hasta la mitad del muslo, y que al final de unas larguísimas piernas se calzaba con unos zapatos de alto y fino tacón de aguja. Un atuendo perfecto para visitar los establos, pensó enojado.

—Los negocios de su abuelo están en Pamplona —explicó con impaciencia, diciéndose que además de arrogante debía de ser corta de entendimiento—. Son unas carnicerías, una de ellas de carne caballar. El resto, lo que más amaba, está aquí, entre las tierras, la cabaña de ganado y su casa en...

—A eso me refiero —interrumpió Beatriz, satisfecha, saliendo del automóvil y mirándole por encima del cristal de las gafas—. Me dijo el abogado que la casona era...

Cortó lo que estaba diciendo para lanzar un grito a la vez que caía hacia atrás, sobre el hueco de la puerta abierta del coche. Estiró los brazos y se sujetó con dificultad a la carrocería.

Jon no movió ni un dedo para ayudarla. Acababa de apreciar el alivio que le provocaba a ella escuchar hablar de la casa de Ignacio; como si hubiera hallado un palacio en un mundo de mugrientos. Ahora observaba sa-

tisfecho cómo la generosa tierra de Roncal, bien empapada de lluvia, le había engullido los finos tacones y los mantenía bien sujetos mientras ella luchaba por mantenerse en pie.

—¿Está segura de que sabía adónde venía? —preguntó en tono de burla, retrocediendo unos pasos para contemplarla mejor.

Beatriz se quedó inmóvil, con las punteras de sus zapatos levantadas y los talones bien encajados al suelo, y mirándole, perpleja. No esperaba encontrarse con un sofisticado dandi, pero tampoco con un patán que disfrutara viéndola en apuros. Estaba acostumbrada a caballeros que se desvivían por complacer a una dama.

Sin atreverse a mover las manos para encontrar algo bien firme donde sujetarse, sopló con fuerza para apartarse un grueso rizo dorado que le caía entre los ojos. Estuvo a punto de responder a aquel hombre como merecía, pero se dijo que no lo haría; no se mostraría tan vulgar como él. Aún en un medio hostil como aquel valle perdido entre montañas y ante un majadero sin educación, ella no perdería la suya.

Inspiró y exhaló con suavidad, tal y como su profesor de yoga le había enseñado a mantener la serenidad en momentos de crisis, y miró a su alrededor. Una pequeña casa de piedra, de una planta, con un banco de madera bajo una de las ventanas, llamó su atención.

—Espero que eso no sea la propiedad que he heredado de Ignacio —dijo, segura de que la respuesta sería un rotundo no.

Jon se entretuvo un momento observándola. Trataba de medir, fijándose en la fuerza con la que aquella

mujer aleteaba los orificios de su nariz y comprimía los labios, lo frustrada y lo enfurecida que estaba.

—¿Puedes responderme? —apremió Beatriz con impaciencia—. Ésa no es la casa de Ignacio, ¿verdad?

A Jon le incomodó que para referirse a su abuelo lo llamara por su nombre. Miró hacia la pequeña edificación de piedra que se erguía, solitaria, en un extremo de la finca. Después se volvió a ella: demasiado altiva. Seguramente se consideraba por encima de cualquier cosa que pudiera encontrarse en aquel lugar; pero sobre todo por encima de él. Inspiró con una malsana satisfacción al comprender que eso era, principalmente, lo que ella había llegado buscando: la estupenda casa de Ignacio. No soportaba la idea de verla allí ahora que ya no estaba el pobre viejo.

—Ésa es —dijo, disfrutando de la sorpresa que leía en los ojos de Beatriz—. Su abuelo acostumbraba estar cerca de sus negocios, y los más importantes eran su ganado y sus quesos. Por eso convirtió la borda en su casa.

—Borda... —repitió ella, jurándose que no perdería los nervios.

Mientras se preguntaba qué maldita cosa era una borda, intentó liberar sus tacones del barro, pero sólo consiguió sacar el pie del zapato. Frustrada, lo introdujo de nuevo y dejó de pelear con la tierra para mirar con orgullo a Jon.

Él no pudo contener una carcajada mientras se giraba hacia un costado. Desde que el abogado del difunto Ignacio le llamó diciendo que la nieta heredera pasaría a conocer sus propiedades, se había consumido en un humor endemoniado. Ahora, viendo el agobio en el que ella agotaba sus energías, comenzaba a relajarse.

—Una borda es una cabaña de pastores —informó con placer al mirarla de nuevo—. A veces es necesario quedarse a dormir cerca del ganado.

Y ella tendría que pasar allí la noche.

Beatriz se tragó el nudo de llanto que le oprimía la garganta. De las seis horas que había conducido desde Madrid, más de tres se las había pasado llorando. No quería comenzar otra vez. Al menos no delante de aquel pueblerino ignorante y áspero que la trataba sin ninguna cortesía.

—El albacea me aseguró que era una gran casa.

—El albacea, que además siempre fue el abogado de su abuelo, es un tipo muy guasón, pero no sabe gastar bromas. —Resopló para evitar volver a reír—. Se habrá divertido mucho imaginando su cara al llegar aquí.

Mirar hacia aquel lugar, pequeño y sombrío, la agobiada, pero, aun así, prefería aquella visión a la del gesto de mofa de Jon. Recordó al abogado, el tal Luciano Bessolla, sentado ante la mesa de su lujoso despacho, en lo más céntrico de Pamplona, con las paredes cubiertas de títulos, diplomas y más papel inservible, mientras le hablaba de las propiedades que había heredado del difunto Ignacio Ochoa de Olza: su abuelo.

—Es increíble que alguien que se considera un profesional pueda jugar con estas cosas —farfulló, tan abatida como enfadada—. Pero me va a oír. Y también a Diego, porque cuando él se entere...

Recordar a Diego le terminó de agriar el humor. No quería pensar ni en él ni en el abogado.

Echó un vistazo hacia los lados. Había conducido entre estrechos desfiladeros que ya le auguraban que la llevarían a ese infierno verde en el que ahora se hallaba,

con una alfombra húmeda y espesa bajo sus pies, con tierra fangosa que le estaba engullendo los tacones de sus mejores zapatos. A su izquierda, al inicio de la finca, estaba la carretera por la que había llegado, el río Esca y una selva ascendente de árboles y arbustos. A su derecha, más bosque, más pinos, más verde... Y todo aquel verde comenzaba a marearla. Por primera vez, comprendió lo que Boucher quería decir cuando aseguraba que la naturaleza es demasiado verde y está mal iluminada.

De pronto escuchó el sonido del silencio junto al inquietante murmullo de las aguas del río. El perturbador sonido del silencio.

—Pero... —inspiró despacio para no mostrar preocupación. No quería facilitarle más motivos para que se divirtiera a su costa—, no puedo creer que alguien quiera vivir aquí. Esto es muy solitario.

Solitario.

A cualquier cosa llamaba solitario, pensó Jon. De haber sentido un mínimo de simpatía por ella, le habría hablado de lugares en verdad solitarios y únicos. Lugares en los que el silencio sabe hablarle al alma, donde se escucha caer el rocío y respirar a los árboles, donde la tierra húmeda huele a vida y hasta las leyendas se pueden sentir...

Lugares a los que jamás llevaría a alguien como ella.

Cruzó los brazos sobre el pecho, separando las piernas, mostrando que el aprieto en el que ella estaba le traía sin cuidado.

—No debe preocuparse por eso. —Con un movimiento de cabeza le señaló otra parte del terreno, a su espalda—. Estará bien acompañada.

A Beatriz, con los pies clavados al suelo y sujetándose al coche para no caer, no le resultó sencillo girar el cuerpo. Pero lo consiguió, y sus ojos se posaron en lo que le pareció una larga nave como la de cualquier polígono industrial de Madrid. La parte superior de las paredes blancas, algo así como un tercio, desaparecía y eran las columnas desnudas las que soportaban el peso del tejado rojo.

—Eso que ve son los establos de las ovejas —continuó Jon, asegurándose de que ella entendiera dónde iba a quedarse—. A la derecha, en la zona cerrada hasta el tejado, están la quesería y las cámaras. El resto, hasta el final, es la casa de los Ionescu; la familia rumana que trabajaba para su abuelo y que ahora lo hace para usted. —Por si ella se hacía ilusiones de tener compañía esa noche, Jon lo aclaró, con una malévola sonrisa—. Ya han terminado sus quehaceres por hoy; estarán cenando, así que se los presentaré mañana.

Beatriz calculó la distancia que separaba aquello que él llamaba casa del abuelo, de los seres vivos más cercanos; podría ser como dos manzanas del Paseo de la Castellana del Madrid que ya comenzaba a añorar.

Jon, insensible a su angustia, se acercó hasta apoyar una mano sobre la puerta trasera del coche y continuó hablando:

—Tras esa nave hay otra que usted no puede ver desde aquí. —Ladeó la cabeza para observar de cerca la tierra que mordía sus tacones, y sus ojos chispearon divertidos—. Y dudo que tenga algún deseo de moverse.

—Estoy descubriendo que eres un hombre muy sagaz —dijo Beatriz con ironía—. Prueba a iluminarme

—le desafió, volviéndose hacia él y tambaleándose de nuevo hasta que consiguió sujetarse a la carrocería con más fuerza.

Jon sonrió sin disimulo. Le habría gustado ver la frustración que ocultaban las gafas en los ojos de esa mujer del mismo modo en que, estaba seguro, ella estaba leyendo la mofa en los suyos.

—Son los establos de las vacas y las yeguas. Después todo son pastos —y añadió con sorna—: ¿Hay algo más que quiera usted saber?

Beatriz tenía muchas preguntas, pero no quería hacerlas porque la actitud de aquel hombre la exasperaba. A pesar de todo, no fue capaz de resistirse:

—¿Dónde vives tú? —Más que a consulta, sonó a exigencia.

Aquellos aires de reina que un rato antes le hubieran encendido a Jon todos sus demonios, ahora le divertían. Pensó que era una fierecilla codiciosa atrapada y vencida por un poquito de barro... y por él, que estaba dispuesto a terminar de arreglarle el día.

—Vivo en Roncal; el pueblo que ha dejado atrás, como a un kilómetro. —Se apartó del vehículo y se detuvo ante ella, introduciendo las manos en los bolsillos—. Yo sólo trabajo aquí, y estaba a punto de irme —añadió para hacerla sentir aún más sola.

En el rostro de Jon continuaba danzando una sonrisa de guasa y autosuficiencia. Beatriz volvió a ventilar su rabia dilatando y encogiendo los orificios de su nariz. Recordó a su profesor de yoga. Volvió a respirar de modo rítmico y pausado, y se dejó caer sobre la fina piel negra del asiento de su BMW. Alzó los pies descalzos hasta las alfombrillas secas del automóvil y se inclinó

hacia el exterior para alcanzar sus zapatos pringados de hierba húmeda y barro.

—Acercaré el coche hasta la casa —dijo con brusquedad, a la vez que los lanzaba con ímpetu hacia la parte trasera, estiraba el cuello y elevaba la barbilla.

Condujo descalza, tratando de mantener el ritmo de su respiración y repitiéndose que en dos o tres días regresaría a Madrid, se olvidaría de aquel inhóspito lugar, y su vida volvería a ser la que siempre había sido.

No se dignó mirar atrás. Confió, o más bien rezó por que él la siguiera y le entregara la llave, le abriera la puerta o le dijera de qué maldita forma podía entrar en aquella horrible cabaña.

Jon caminó tras ella con una sospechosa sonrisa. Estaba de buen humor. Tanto, que según se acercaba decidió que la ayudaría a meter sus maletas en la casa.

Hora y media después era noche cerrada. Las nubes negras que amenazaban tormenta, derramaban una pesada oscuridad que llenó de frío el espíritu de Beatriz cuando cedió a la ocurrencia de mirar a través del cristal de la ventana.

No tuvo ánimos para llamar al abogado y pedirle que le explicara lo de la maravillosa casona que según él había heredado. En ese momento su desesperación seguía siendo lo que había dejado atrás, el dolor que le causaba recordar lo ocurrido y no ser capaz de comprenderlo.

Con el estómago vacío, el miedo en el cuerpo y una soledad en el alma mayor aún que la que tenía cuando salió huyendo de Madrid, se metió en la cama y alzó las

mantas hasta cubrirse la cabeza, igual que cuando era niña y jugaba al escondite, tapándose los ojos con las manos ante la creencia de que, si ella no veía a nadie, nadie la podía ver a ella.

Ahora necesitaba esconderse de la vergüenza que sentía, del lugar patético en el que se refugiaba, de la oscuridad, de la soledad, del silencio.

Mientras tanto, en una acogedora cocina de Roncal, en el segundo piso de una gran casa de piedra, Aitana ponía sobre la mesa una bandeja con filetes de merluza rebozada y un cuenco con ensalada.

Para Cosme y su esposa, la hora de la cena la marcaba la llegada de Jon, el hijo menor y el único que aún permanecía soltero. Acostumbraban esperarle sin importar lo que tardara, excepto en épocas especiales de trabajo intenso. Entonces, llegada una hora prudente, Aitana ponía un puchero con agua al fuego y colocaba sobre él un plato hondo con una generosa ración, y lo cubría con una tapa. Una vez que el agua comenzaba a hervir, reducía la temperatura para que sólo mantuviera el calor y se acostaba sabiendo que, cuando su hijo llegara, encontraría la cena caliente.

Pero ésta no era una de esas noches, y Aitana estaba sentada a la mesa, entre su marido y su hijo, dispuesta a disfrutar, más de la compañía que del delicioso pescado.

Cosme estaba emocionado. Esa tarde él y su compañero de cartas habían ganado la partida de mus en la que los perdedores pagaban una tanda de cafés. Habían transcurrido semanas desde su última victoria, y no se cansaba de contar, con todo detalle, cómo se había desarrollado el tercer juego que les dio el triunfo.

Jon cenaba en silencio. Ni participaba de la conversación ni la atendía. Tenía su mente en la borda, en Beatriz, en que con ella en Roncal la paz se le había acabado. En que si ella no se iba, tendría que ser él quien abandonara el trabajo, y si la cosa se complicaba demasiado, tal vez hasta los negocios que ahora compartían.

Terminada la cena y cuando su padre comenzaba a escenificar por tercera vez el momento sublime del órdago, Jon pareció despertar de su letargo.

—Ha llegado —dijo, manteniendo la vista en el trozo de pescado que le quedaba en el plato y que desplazaba de un lado a otro con el tenedor.

—¿Ha llegado? —preguntó su madre, sorprendida—. ¿Quién ha llegado?

—Beatriz Ochoa de Olza —con la mirada aún baja, exageró la resonancia de cada palabra—. Ha llegado hace unas dos horas.

Cosme olvidó su grandiosa hazaña del mus, y apartando su plato vacío inclinó el cuerpo sobre la mesa.

—¿No habías dicho que vendría mañana?

—Estaba equivocado. —Jon dejó caer el tenedor, que sonó sobre la porcelana, y alzó la mirada—. El abogado me ha llamado a primera hora de la tarde. Según dijo, ella acababa de decidir que vendría. ¿Cómo iba a imaginarme que ya estaba en camino? —se lamentó, y agitó la cabeza, incrédulo—. La gente normal necesita hacer planes, preparar maletas, avisar en el trabajo...

Cosme resopló y guardó silencio. Sabía lo que aquella llegada suponía para su hijo. Hasta había rezado para que la nieta no se dignara aparecer por allí para conocer lo que había heredado. Se palpó el bolsillo de la camisa

y sacó un arrugado paquete de cigarrillos. Una mirada reprobatoria de Aitana bastó para que devolviera el tabaco a su lugar.

La madre preocupada pasó a dedicar toda su atención a su hijo.

—La esperábamos. Poca importancia puede tener que llegue un día antes o un día después —dijo, tratando de transmitirle calma.

Jon ni siquiera la escuchó. Se sentía demasiado molesto y malhumorado.

—Si la hubierais visto —comentó entre dientes—. Es orgullosa, estúpida, soberbia...

—No deberías hablar así de ella —interrumpió con suavidad Aitana—. Es la nieta de Ignacio.

—Nieta de Ignacio... —Sus labios se curvaron en una sonrisa cínica—. Ese título le queda grande.

Cosme volvió a recostarse en el respaldo de su silla. Sobre aquel asunto prefería no opinar delante de su esposa, al menos hasta conocer a la muchacha.

—Eso no es de nuestra incumbencia —continuó diciendo Aitana—. Ella tiene todo el derecho a estar aquí, y tú no deberías dejar que esto te amargue.

—No lo haré. —Sonrió, sólo para tranquilizarla. Después miró a su padre, que observaba en silencio. Sabía que pensaba como él, pero que no lo diría por no comenzar una discusión—. De todos modos, mamá, parece que has olvidado todo el sufrimiento del viejo.

—¡No se me ha olvidado nada! —Había alzado demasiado la voz. Suspiró y tomó la mano de Jon entre las suyas—. No lo he olvidado, cariño, pero estoy segura de que a estas alturas Ignacio ya la habría perdonado.

Jon respiró hondo. Habían pasado pocos meses desde la muerte del abuelo y aún le dolía recordarlo. Si al menos Beatriz hubiera esperado un poco más para aparecer, él hubiera tenido tiempo para asimilarlo, para esperarla, para hacerse a la idea de que las cosas habían cambiado.

Aitana lo sintió lejos, le vio el brillo en los ojos y le apretó la mano que aún mantenía entre las suyas.

—Cuéntanos cómo es la chica —dijo, intentando aligerar la conversación.

Jon agitó la cabeza para sacudirse los pensamientos y tranquilizó a su madre con una expresiva y enternecedora sonrisa.

—¿Y para qué, si no merece la pena? —Suspiró, haciendo una pausa en la que volvió a verla con claridad—. Es rubia, de altura puede que me llegue por la barbilla, delgada... más bien seca —aclaró, siendo consciente de que exageraba—. Seguro que a ti te parecería guapa, pero yo sólo veo una mujer insoportable que aparenta tener muy mala leche.

—¡Como su abuelo! —intervino Cosme, animado porque aquel comentario no le comprometía.

—Sí —dijo, mirando a su padre—, como su abuelo, aunque lo domina mejor de lo que lo hacía él. Mientras hablábamos me sonreía como si todo le pareciera perfecto. Pero te aseguro que por dentro ardía en furia —añadió con visible satisfacción.

—¡No habrás discutido con ella! —exclamó Aitana, inquieta.

—No. Tan sólo nos hemos tanteado. Cuando le mostré... —Pensó mejor lo que iba a decir—. Cuando le mostré su casa me desaparecieron todas las ganas de pelea.

—Creo que debería ir a verla —pensó Aitana en voz alta—. Presentarme y ofrecerle mi ayuda para lo que necesite. —Miró a su marido, que seguía observando en silencio—. En cuanto recoja la cocina, tú y yo iremos a ver a esa chica.

—No tan deprisa, mamá. —Cogió aire mientras sonreía—. Ella no está en el pueblo.

—¿Cómo que no está en el pueblo? ¿Dónde está, entonces?

Jon miró los rostros interesados de sus padres. Sabía que en cuanto abriera la boca recibiría un buen sermón. Pero las reprimendas de su madre no le preocupaban, y las de su padre apenas si se producían. Cogió su vaso de vino y apuró despacio el último sorbo.

—Está en la borda —dijo, dejándolo de nuevo sobre la mesa—. Pasará allí la noche.

—¡Dios del amor hermoso! —exclamó Aitana—. Pero, ¿en qué estaba pensando esa chica para quedarse en ese sitio?

—Dio por sentado que eso no podía ser la casona de su abuelo. —Jon recordó el aire de superioridad de Beatriz y apretó los dientes hasta que se le deshizo la sonrisa—. No pude resistirme. Le dije que eso era la fantástica morada que había heredado.

—¿Cómo has podido hacerlo? —Aitana se esforzaba en no alzarle la voz—. Si alguien me hubiera dicho que tú harías una cosa así, no lo hubiera creído.

—No soy un santo, mamá. —Ni se consideraba un santo ni le gustaba que le presionaran para que lo fuera—. Y no te pongas trágica por esta tontería, no deja de ser una vivienda aunque lleve deshabitada mucho tiempo.

—Deberías subir a buscarla y llevarla a su casa.

—Mamá, ¡por favor! —protestó con impotencia—. No le des tanta importancia. Es un buen modo de bajarle los aires de reina con los que ha llegado. ¡Díselo, papá! —pidió, volviéndose hacia Cosme—. Dile que nadie se muere por pasar una noche en la borda.

—Prefiero no opinar, hijo. Siempre que discuto con tu madre salgo perdiendo. Pero... —miró a su esposa y susurró—, nosotros hemos vivido allí durante muchos años y somos gente normal; sin traumas.

—¡No es lo mismo; ella está acostumbrada a otras cosas! —contestó, y Cosme decidió continuar callado—. ¡Es una señorita!

Jon rio, poniéndose en pie y apilando los platos; el suyo en la parte superior por ser el único que contenía restos.

—Una señorita que, con un poco de suerte, mañana será historia porque se habrá largado por donde ha venido —aventuró, dejando los platos junto a la fregadera.

—¿Y si ha llegado para quedarse? —preguntó la madre, acercándose con los cubiertos en las manos—. Trata de verle las virtudes, hijo; seguro que las tiene. Hazlo por Ignacio.

—Mamá, te lo ruego. No hagas eso —suplicó, mirándola con tristeza—. No utilices el cariño que yo tenía al viejo para convencerme de que tengo que soportar a su nieta.

—Me preocupas. Tal vez si dejaras de pensar en conseguir esas tierras y ese ganado, mirarías a esa chica de otro modo.

—No piensas lo que dices. —Se acercó a la mesa a por los vasos y los dejó junto a la loza—. Tengo motivos

bien fundados para no soportarla, y tú lo sabes. Pero escuchándote parece que lo que siento hacia ella es sólo resentimiento porque es la dueña de algo que yo deseo.

—No quise decir eso, cariño —se disculpó al ver que le había ofendido con sus palabras.

—Pues lo ha parecido.

Aitana suspiró y le miró dolida por su seca respuesta. Jon suavizó el semblante.

—Lo siento, mamá. Entiendo lo que querías decir. —Miró a su padre, buscando su silenciosa complicidad—. Pero como papá está callado, sólo puedo pagar mi mal humor contigo. —Aitana sonrió y él se sintió mejor—. Gracias por tu preocupación.

—Pero no vas a seguir ninguno de mis consejos, ¿verdad?

Jon negó con la cabeza. Revolvió con los dedos el castaño y bien peinado cabello de su madre, y se dirigió hacia la puerta que daba al balcón.

Aitana suspiró mientras daba paso al agua para comenzar a fregar.

La noche era fresca. Jon tomó una gran bocanada de aire y apoyó los brazos en la barandilla de madera, en el corto espacio que quedaba entre los tiestos cargados de geranios. Bajo él, los costados de un cuidado huerto donde sus padres pasaban las horas se iluminaban desde las farolas de forja adosadas a las fachadas. Unos doscientos metros de buena tierra en los que las diferentes verduras y hortalizas ocupaban su espacio como si de flores ornamentales se tratara.

Pero el verdadero jardín, en la villa de Roncal, estaba en las ventanas y balcones de madera de sus casas de piedra y grandes mansiones señoriales, adornados con

geranios frescos, grandes y olorosos; en su mayor parte rojos. Suponía un placer para los sentidos caminar por sus calles empedradas en forma de y, y ascender sin prisa hasta la iglesia parroquial de San Esteban.

Su madre tenía razón. A Ignacio no le habría gustado ver la hostilidad con la que trataba a Beatriz. Ella era su única nieta y seguro que, desde donde estuviera, ya la había perdonado. Pero él no era Ignacio. Él ni podía ni quería entenderla, mucho menos perdonarla por todo el dolor que había causado al abuelo.

Frunció el ceño, y su anguloso perfil de nariz recta y mandíbula marcada se contrajo en un gesto amargo. ¿Qué buscaba aquella mujer allí? ¿Qué demonios estaba pensando hacer con todo lo heredado? No se fiaba de los caprichos de una niña pija de ciudad. No confiaba en que supiera apreciar el verdadero valor de todo aquello.

Comenzó a llover de nuevo. Jon, a salvo del agua bajo el pequeño tejado que daba protección al balcón, sonrió al escuchar el primer estallido de tormenta. Sus ojos negros otearon el cielo contando los segundos hasta el primer rayo: seis segundos; la tormenta estaba a unos dos kilómetros. En unos minutos la tendrían encima. Se peinó el oscuro cabello con los dedos hasta alcanzarse la nuca despejada. La sentía tensa, agarrotada. Se la frotaba con fuerza cuando un nuevo trueno resquebrajó el firmamento y aumentó el caudal de agua.

¡Sí, señor! Aquélla iba a ser una magnífica tormenta que complicaría la noche a aquella niñata y, con suerte, la espantaría en dirección a Madrid apenas amaneciera.

Sin atreverse a abrir los ojos, Beatriz se encomendó a todos los santos conocidos. Despertaba con una aguda sensación de angustia y rogaba por que todo hubiera sido una absurda pesadilla. Necesitaba despertar en Madrid, entre las paredes moradas de su habitación, remolonear entre las sábanas antes de levantarse y darse una estimulante ducha, tomarse un café rápido y conducir, asediada por el agobiante tráfico de la ciudad, hasta su trabajo en las oficinas del Paseo de los Cerezos.

Inspiró hondo para exhalar despacio, contó hasta tres y abrió con lentitud los ojos.

El techo blanco, atravesado por fuertes vigas de madera oscura, fue la confirmación de que sus problemas eran reales. Todo; desde la pesadilla vivida en Madrid, hasta la llegada al Valle del Roncal y a la casa, borda o como fuera que la había llamado ese tal Jon, absolutamente todo era tan amargo como real.

Se cubrió por completo con las mantas y lloró de nuevo. En apenas veinticuatro horas había derramado

más lágrimas que en toda su vida, exceptuando las vertidas por la pérdida de sus tres seres más queridos.

Cuando se quedó seca y sin fuerzas, apartó las mantas, despacio, y volvió a fijarse en la habitación en la que se había mantenido despierta casi toda la noche, rezando por que se debilitara la tormenta. Nunca la asustaron las inclemencias del tiempo, pero esta vez lo había sentido como un arranque de enfado de la naturaleza, como una real y cruda amenaza. Se había estremecido con el golpeteo del agua en el tejado, justo sobre su cabeza, y con el viento haciendo aullar a los árboles que rodeaban la finca. De modo continuo la sobresaltaron el crujido de los truenos, que parecían partir la casa por la mitad. Ni siquiera cerrando los ojos pudo ignorar el flogonazo intermitente que iluminaba la habitación a jirones, dándole un aspecto intimidante y tétrico.

Al parecer, en aquel maldito lugar no sólo el verde era más intenso, también las tormentas rugían de modo más fiero y despiadado.

Se sentó sobre la cama, apoyando la espalda contra los barrotes de hierro del cabecero, y, secándose las mejillas con un extremo del embozo de algodón, miró a su alrededor.

Con la luz del nuevo día, también nublado y oscuro, la sensación no mejoraba. Seguía viendo un trapo arrugado vistiendo la ventana de una sola hoja. También la mesilla, el aparador y el armario le parecían muebles viejos que no servirían ni para el más indulgente de los restauradores.

Se levantó y caminó hasta el pasillo, descalza y temblando de frío. Justo a su izquierda quedaba la puerta que daba al exterior. Frente a ella, un arco de obra era

el acceso libre a la cocina. A su derecha otra habitación con dos camas, y, al fondo del pasillo, un pequeño cuarto de baño con un sencillo plato de ducha. A eso quedaba reducida la gran casa que había esperado encontrar allí.

Más demoledora que aquella absoluta humildad, le resultó la tristeza de la casa, la falta de luz y de vida. Era como si las paredes no hubieran escuchado voces y risas durante años... pero sólo hacía unos meses que había muerto Ignacio. Se estremeció al pensar que tal vez era ella quien le había contagiado su oscuro y afligido estado de ánimo. Se sentía tan mal que no le extrañó que hubiera conseguido el cambio en una sola noche.

Mientras se duchaba con un agua helada que le golpeaba la piel como afiladas virutas de acero, dejó que sus penas se escurrieran por el desagüe a la vez que se iba vistiendo de orgullo. Nadie se muere por pasar dos días en un lugar como éste, se dijo, mientras secaba su cuerpo con una áspera toalla blanca. Nadie se muere de vergüenza, nadie se muere de amor, nadie se muere de pena, se repitió mientras comprobaba si en aquella maleta, hecha con prisas, había metido algún calzado sin tacones. Al final la vació sobre la cama y, entre el revoltijo de sus prendas de reconocidos diseñadores, encontró las zapatillas de lona que usaba para acudir al gimnasio y las recibió con un suspiro de alivio.

—De lo único de lo que puedo morir, es de hambre—dijo en voz alta mientras buscaba también unos pantalones y recordaba que la noche anterior no había encontrado en la cocina ni un rancio mendrugo de pan. Y decidió salir hacia la casa de la familia rumana. O lo que era lo mismo: al encuentro de un buen desayuno.


La ducha la había dejado temblando de frío. Se puso unos vaqueros, una camisa azul celeste de manga larga y un jersey azul marino, bien grueso. No le pareció suficiente y, antes de salir, añadió a su conjunto una acolchada y floreada cazadora que cerró hasta el cuello.

Pisó con firmeza el verde vivo empapado aún de lluvia, y respiró profundo. Después de una larga y estrepitosa noche de tormenta, apreció un poco más la tranquilidad de aquel espacio silencioso. Agradeció que el cielo se hubiera quedado en silencio, aunque eso aumentara la sensación de soledad que le provocaba ese lugar. Miró a lo lejos, donde el valle volvía a cerrarse en un angosto desfiladero que conducía al pueblo de Urzainqui, y suspiró mientras se prometía que nadie vería su tristeza ni adivinaría sus problemas. Se iría en tres días con la misma dignidad con la que había llegado.

Cuando alcanzó la casa de los Ionescu, la humedad de la hierba le había traspasado hasta los calcetines, congelándole los pies.

Golpeó la puerta con los nudillos y esperó largo rato. Encima de su cabeza, en el centro del dintel, estaba clavada una flor seca, grande y plana que recordaba al sol del mediodía con sus rayos extendidos. Había otra igual sobre la entrada de la borda. Preguntándose cuál podía ser su significado, aún golpeó otras dos veces antes de darse por vencida.

Su lujoso y delicado Cartier señalaba las nueve de la mañana, y nadie en aquel lugar daba señales de vida. Probó con la puerta de la quesería y obtuvo la misma respuesta. Pero esto no era el hogar de nadie y no eran necesarias las ceremonias; presionó sobre la manilla y



la puerta cedió. Se encontró con un amplio espacio de paredes blancas que hacía de distribuidor a cuatro puertas, dos de ellas simples y pintadas de blanco, y otras dos grandes, correderas y de acero inoxidable. De un perchero colgaban tres prendas oscuras de abrigo. Bajo ellas, un par de botas de montaña, unos mocasines femeninos y unas botas blancas de goma.

Oyó murmullo de voces tras una de las dos sencillas puertas que tenía enfrente. Pensar que al otro lado podía estar Jon, tan ácido como la tarde anterior, la obligó a coger aire y expulsarlo muy despacio. Se miró en el pequeño espejo colgado en la pared, sobre un lavabo de acero inoxidable en el que había un dispensador con jabón azul. Se animó diciéndose que, a pesar de las lágrimas, tenía buen aspecto. Se ahuecó sus bucles pajizos, se peinó las cejas con los dedos y ensayó una sonrisa que le hizo sentirse más segura.

Esta vez entró sin llamar.

Jon y Doina, de espaldas a ella, no la oyeron entrar. De pie, junto a un gran tanque rectangular de acero inoxidable, material que facilitaba una pulcra limpieza, trabajaban y hablaban sobre lo diferentes que eran, entre sí, los dos hijos de Doina.

En el recipiente, la leche cuajada ya había sido partida en trozos del tamaño de una pequeña perla, había sido vuelta a prensar y cortada en partes más grandes. Con ellas iban rellenando moldes de plástico en los que antes habían extendido unos trapos blancos para que envolvieran el cuerpo fresco del queso y ayudaran a formar la corteza. Trabajaban sobre una placa, también de acero inoxidable, colocada a modo de mesa sobre uno de los extremos del tanque.

Beatriz, sorprendida por el olor denso que despedía el suero separado de la leche, los observó un momento antes de dejarse sentir. Todo aquello era nuevo para ella, que si bien sabía disfrutar del placer de un buen queso acompañado de un gran vino, nunca se había preguntado cómo se elaboraba.

También, por primera vez, podía analizar el aspecto de Jon sin sentir sobre ella sus penetrantes ojos negros o su sonrisa burlona. Y comenzó por las botas de goma blancas con las que él pisaba sobre un suelo encharcado en agua y suero.

Pensó que tenía una «retaguardia» atractiva. Se adivinaban unas piernas rectas y largas bajo el tejido azul marino de un pantalón de mahón, y una espalda delgada y musculosa que daba forma y movimiento a una gruesa camisa, también azul, con los puños recogidos hasta los codos. Una especie de delantal de cuero blanco que evitaba que se le empapara la ropa mientras manipulaba el queso, y la cinta que lo anudaba en la parte baja de su espalda, hizo pensar a Beatriz que, al abrigo de tanta tela, existía una cintura muy masculina y estrecha.

Tomó aire y, con los ojos fijos en la nuca de Jon, carraspeó antes de decir con timidez:

—Buenos días.

Los dos rostros se giraron a la vez. En el de Jon ella pudo leer, además de la sorpresa, el fastidio; en el de Doina, una sonrisa amable. Para evitarse el mal rato, prefirió quedarse mirando a la mujer. Pero ninguna de las dos tuvo tiempo para presentarse.

Jon había necesitado apenas un segundo para analizarla: cabello suelto, cazadora, vaqueros, zapatillas húmedas...: un banco de gérmenes.

—¿Qué haces aquí? —soltó con brusquedad—. Lo estás contaminando todo.

Beatriz se quedó clavada ante la puerta. Él la tuteaba de pronto, pero lo hacía con tal grosería que no podía agradecerse. Le resultaba evidente que no bebía los vientos por ella, pero seguía sin entender por qué la trataba con tanta desconsideración. Suspiró con pesar y bajó la cremallera de su cazadora, manteniendo a duras penas la compostura.

—Sólo vine a conocer a los Ionescu y a...

—Está bien —la interrumpió él, iniciando una rapidísima presentación—. Ésta es Doina, esposa de Mihai. —Miró a la sorprendida rumana para decir—: Doina. Ésta es Beatriz, nieta de Ignacio. —Se volvió hacia Beatriz, muy serio—. Ahora ya os conocéis, así que sal de aquí, porque lo estás contaminando todo.

Volvió a prestar toda su atención al molde que acababa de llenar y, cruzando los extremos de la tela sobre la superficie, apretó con fuerza con ambas manos para escurrir el suero y no dejar ningún espacio vacío.

Beatriz sintió que le hervía la sangre. Fijó la mirada en el duro perfil de Jon, en la boca que apretaba con más fuerza de la que ejercían sus manos sobre el recién moldeado queso. ¿Quién era él para hablarle así? ¿Qué derecho creía tener para humillarla cada vez que la veía?

Comprimió los labios en una fina línea recta, respiró con fuerza por la nariz y contuvo los deseos de gritarle.

—No puedo contaminar nada —respondió, segura de que le dejaría sin palabras—; acabo de ducharme con agua casi congelada en esa cosa que tú llamas borda y en la que no hay ni...

—Gracias por la información —señaló Jon, mirándola de nuevo—. Ahora ya sabemos que eres una chica muy limpia. Pero aquí elaboramos queso, y además lo hacemos con leche cruda. —La examinó con gesto crítico—. Traes los cabellos sueltos y unas zapatillas bien cargadas de bacterias, por no hablar de otras muchas cosas.

Beatriz bajó la mirada hacia sus empapadas deportivas blancas y después observó las inmaculadas botas de Jon.

—Lo siento —dijo con sinceridad—. No lo sabía.

—Pero, ¿ha dormido usted en la borda, señorita Beatriz? —preguntó Doina en cuanto pudo meter baza en la conversación.

Beatriz la miró sorprendida. También miró a Jon, que volvía a sonreír, templado y misterioso.

—¿Es que hay otro lugar donde podía haber pasado la noche?

—Por supuesto que lo hay —respondió él, llevando varios moldes, ya llenos de cuajada, hasta la prensa, al otro extremo de la habitación.

Ni Beatriz ni Doina siguieron hablando. Observaron sus movimientos aguardando a que él continuara. Pero Jon se tomó su tiempo. Giró la manivela y apisonó la hilera de moldes apilados. Cuando regresó al tanque, tomó un nuevo molde, colocó en su interior el trapo e introdujo en él un bloque de cuajada antes de informar a la sorprendida Beatriz:

—Hay una casa, tal y como te comunicó el albacea. Está en el mismo pueblo de Roncal. —Hizo una pausa para disfrutar del fuego en el que se calcinaban los ojos verdes que veía por primera vez—. Tu abuelo nunca vivió aquí.

Entonces, las manos de Jon se detuvieron sobre el molde que estaba llenando. Esperaba la lógica explosión de furia, los insultos, los gritos. Pero ella le mantuvo la mirada en silencio, tan digna y orgullosa como cuando la tierra le devoraba los tacones.

Y es que Beatriz no podía creer que hubiera dormido en aquella casucha sólo porque él quería divertirse a su costa. Le pareció una broma infantil, estúpida. Le habría gustado borrarle aquel aire de superioridad diciéndole que, a pesar de su rostro atractivo, su altura y su cuerpo delgado y musculoso, le faltaba mucho para que se pudiera considerar un verdadero hombre. Pero una vez más se mordió la lengua para conservar las formas.

—¿Eres con todo el mundo igual de amable, o te estás esforzando en desplegar todos tus encantos conmigo? —preguntó, con la voz más suave que pudo fingir.

La sonrisa de Jon terminó dominando en su rostro y sus ojos llamearon divertidos.

—La nieta especial merece un tratamiento igualmente especial. Y ahora que todo comienza a estar más claro entre nosotros, sal de aquí. —Ladeó la cabeza para señalarle la puerta—. Busca a uno de los hijos de Doina. Él te acompañará al pueblo; a esa gran casa que venías buscando.

Beatriz estaba desconcertada. No entendía a qué obedecía tanta desconsideración. Apretó los puños hasta clavarse las uñas en las palmas, alzó la cabeza y salió al instante. Ante aquel maleducado prepotente, las clases de yoga y relajación que había dado durante años no le servían para nada. Necesitaba gritar a pleno pulmón para desahogarse.

Y tal vez lo hubiera hecho si, nada más pisar el exterior, un mastín pirenaico de noventa kilos no se le hubiera plantado delante como si fuera un muro de contención.

Todo el calor que le emanaba de su furia se transformó en un frío mortal que le recorrió la columna vertebral hasta hundirle el terror en la nuca. Quería gritar pidiendo ayuda, pero no encontraba su voz.

«No te muevas. No te muevas», se repetía en silencio como una orden para sí misma y para el monstruo blanco que clavaba en ella sus pequeños ojos color ave llana. La cabeza del animal, con una mancha gris sobre cada una de las orejas y parte del rostro, era enorme; su cuerpo era enorme; todo en él, excepto los menudos y sagaces ojos, era enorme.

Hizo esfuerzos por conservar la calma. Pero la respiración se le agitaba y temió que acabaría con una de las crisis de ansiedad que desde hacía ya tiempo mantenía bajo control. El animal avanzó unos pasos, le temblaron las piernas y supo que estaba perdida. Moriría en medio de un valle rodeado de escarpadas montañas, devorada por un gigantesco perro salvaje.

—¡*Obi*, ven aquí, campeón!

Era una voz humana. Beatriz sintió alivio y esperó, sin atreverse ni a parpadear, a que el perro atendiera la llamada de su amo. Pero el animal o no se llamaba *Obi*, o estaba sordo, o tal vez era más salvaje y peligroso de lo que ella había imaginado.

Cuando creyó que sus piernas no la sostendrían por más tiempo, volvió a escuchar la voz. Esta vez mucho más cerca; a su lado, y le hablaba a ella.

—Buenos días. Creo que no nos conocemos.

Beatriz giró la cabeza muy despacio para no provocar a la fiera. Traian, el mayor de los hijos de Doina, le vio el terror en los ojos.

—¿Qué ocurre? —preguntó, sorprendido y preocupado.

—Por favor —consiguió susurrar Beatriz—; atrapa a ese monstruo antes de que se me eche encima.

Traian se acercó a *Obi* y lo sujetó por el collar. No podía creer que un animal tan pacífico como aquél pudiera provocar tanto pánico a nadie.

—No te preocupes —dijo, tratando de tranquilizarla—. Es un perro muy noble y no tiene ninguna intención de atacarte.

Beatriz tragó saliva. El miedo le había secado la boca. Iba a responderle que cómo podía conocer las intenciones del animal, cuando otro mastín, más grande aún que el primero, llegó despacio, se detuvo a los pies de Traian y se quedó mirándola con fijeza.

—Por favor —susurraba con miedo a que las fieras la escucharan—. Aleja a estos monstruos. Por favor.

—Está bien —dijo él con paciencia—. No te agobies, tranquila.

Traian comenzó a alejarse caminando de espaldas y sonriendo divertido. Un simple «¡vamos!», bastó para que los dos mastines olvidaran el objeto de su curiosidad y se fueran tras el chico.

Beatriz aguantó inmóvil hasta que los tres desaparecieron en el establo, y corrió por la hierba mojada como si con la humedad le hubieran crecido alas en las zapatillas.

Mientras, en el interior de la quesería, Doina había hecho mención de levantarse para salir tras Beatriz y presentarse con corrección. Jon la detuvo.

—La niña refinada puede esperar a que terminemos el trabajo.

Ella continuó llenando moldes y tratando de ponerle nombre a lo que acababa de ocurrir. Aquél no era el Jon tierno que conocía, y se lo dijo:

—No ha sido muy amable con la chica, señor Jon.

Ella era el único miembro de los Ionescu que le trataba de usted y lo llamaba señor. Al principio, él había peleado durante meses para terminar con el particular y absurdo tratamiento, pero la tozudez de Doina fue más fuerte. Hacía años que el cerebro de Jon había dejado de escuchar el señor y a considerar que le hablaba de usted por mera costumbre.

—No me cae bien, Doina —le aclaró—. No puedo fingir una simpatía que no siento.

—Podía darle una oportunidad —propuso ella, desplegando otro paño blanco—. Parece una buena niña.

—¿Estás segura? —Jon comenzó con un nuevo molde—. A mí me recuerda a uno de esos buitres que sobrevuelan el ganado en busca de carroña. —La cuajada blanca ocupó su espacio sobre la tela—. Y yo no voy a ayudarla, con una sonrisa complaciente, a recoger su botín.

—¿Y si se equivoca con ella? ¿Y si dentro de un tiempo se da cuenta de que era una buena niña?

—Si eso llega a pasar, Doina, me fustigaré, por cabrón.

—¿*Fustigaré*? No conozco esa palabra.

Jon rio, relajado, antes de explicar:

—Fustigar, castigar, azotar... ¿Te parece bien que haga eso si me equivoco con esa mosquita muerta?

Doina sonrió mientras encajaba la tapa en el molde y cogía uno nuevo. Pensó que sería todo un espectáculo verlo sin camisa, azotándose a sí mismo sobre aquella espalda musculosa en la que ella había curado más de una herida. Pero nunca una herida de expiación.

—Me parece bien —bromeó, risueña—. Voto por que la señorita Beatriz maneje el látigo.

—Sí que sabes lo que significa *perversa*, ¿no es verdad? —Doina le miró de soslayo—. ¡Claro que lo sabes! Llevas en este país media vida y son muy pocas las palabras que no conoces. Pues bien; eso es lo que tú eres: perversa.

Ella ni preguntó ni protestó, dando por hecho que conocía el significado y que, en aquel momento de mal-sana felicidad, la definición le iba a ella como anillo al dedo. Aún rellenó y prensó con sus manos un nuevo molde antes de volver a hablar.

—Lo que no he entendido bien es por qué se quedó la señorita a dormir en la borda.

—Mejor así, Doina. Es una tontería. Y además da igual, porque Traian o Marcel la llevarán hasta el pueblo. —«Si antes no se vuelve para Madrid», pensó—. No soportaría tenerla merodeando por aquí todo el santo día.

